

LA ENFERMEDAD Y DIOS EN LA BIBLIA

Sergio Armstrong Cox

La experiencia de la enfermedad nos recuerda que la existencia humana depende de frágiles equilibrios de nuestro organismo. Basta que alguno de ellos falle para que algo muy fundamental deje de funcionar o sencillamente nos muramos. Tenemos habitualmente muy poca consciencia de la lucha cotidiana que emprendemos contra virus, bacterias y hongos malignos. Una lucha en la que algún día seremos los perdedores, a menos que tengamos una de esas muertes que llamamos "accidentales".

La enfermedad pone al descubierto el carácter finito y mortal del ser humano. Nos envía querámoslo o no a las preguntas fundamentales de toda existencia humana: ¿Por qué existe el dolor? ¿Tiene sentido nuestra existencia? ¿Hay una vida más allá de la muerte? ¿Existe Dios? Si Dios existe y es omnipotente y bueno, ¿por qué permite la enfermedad con su secuela de dolor?

La presente ponencia pretende responder a algunas de estas preguntas que dicen relación con Dios. En concreto, a dos de ellas: ¿Envía Dios la enfermedad? Si Dios no envía la enfermedad y es todopoderoso y bueno, ¿por qué la permite?

Recurriremos a la Biblia. Algunos contenidos que ella nos ofrecerá estarán claramente superados por el progreso de la ciencia y de la consciencia actual. Otros están asombrosamente presentes. Para responder a la pregunta por el origen de la enfermedad y del mal en general, será inevitable ir más allá de la reflexión puramente bíblica y deberé recurrir a descubrimientos de la teología actual.

1.- La enfermedad en el Antiguo Testamento

a) El concepto de enfermedad y sus causas

¿Qué concepto de enfermedad tiene la Biblia? "En el Antiguo Oriente se miraba a la enfermedad como una plaga causada por espíritus maléficos o enviada por dioses irritados por alguna falta cultural. Para obtener la curación se practicaban exorcismos destinados a expulsar a los demonios y se imploraba el perdón de los dioses con súplicas y sacrificios."¹ Así, la medicina era ante todo cosa de los sacerdotes y en parte estaba cerca de la magia, aunque también existían los médicos.

En la Biblia se considera a la enfermedad como un estado de flaqueza y debilidad². Las observaciones médicas son muy someras; se limitan a lo que se ve: afecciones a la piel, heridas y fracturas, fiebre y agitación (Sal 6; 32; 38; 39; 88; 102). Las causas naturales ni siquiera se buscan, a excepción de las que son obvias: las heridas, caídas y la vejez.

¹ LEÓN-DUFOUR, X., "Vocabulario de teología bíblica", Herder, Barcelona, p.276.

² El vocabulario bíblico (los verbos halah y hanash, y el sustantivo hali, en hebreo; los sustantivos asthéneia y nósos, en griego) apunta a una situación de debilidad. Si la "vida" es considerada una fuerza sostenida por la bendición divina y admite grados (alguien que duerme está más vivo que uno que está despierto, el rico más que el pobre, etc.), la enfermedad es lo contrario, es la carencia de la vida también en diversos grados. Puede verse para profundizar STOLZ, F. voz הלה , en Westermann, C. - Jenni, E., "Dicc. Teológico Manual del AT", Cristiandad, Madrid, 1978, col.793. Para el NT, LINK, H.G, voces "Debilidad" (ασθενεια) y "Enfermedad" (νοσος), en VVAA, Diccionario Teológico del NT, vol. II, Sígueme, Salamanca, 1990, pp.9-11. Una presentación básica del tema puede verse en el texto de la nota anterior.

Si a eso se agrega que la mentalidad bíblica tiende a atribuir todo a Dios, la causa de la enfermedad sólo puede ser divina. El título de esta ponencia podría haber sido "La enfermedad en la Biblia", ya que para el pensamiento bíblico, la enfermedad sólo puede estar referida a Dios, no hay otra alternativa.

Ahora bien, si Dios causa la enfermedad es porque debe tener un buen motivo. El Dios bíblico no puede ser arbitrario, como los otros dioses. De modo que el envío de la enfermedad sólo puede ser la justa respuesta divina al pecado humano. ¿De qué modo?

Antes de presentar las diferentes respuestas presentes en la Biblia a esta pregunta, es necesario hacer dos consideraciones.

En primer lugar, respecto del método de sanación. Si la causa de la enfermedad es divina, también la sanación debe serlo. Por eso el creyente en primer lugar recurre a la oración y a los sacrificios en el Templo. Si puede conseguir un taumaturgo (un curandero milagroso) recurrirá también a él. Como último recurso irá al médico. No está prohibido hacerlo, pero a menudo se lo considera una cierta falta de fe que puede ofender a Dios. Por eso, un texto como el de Eclesiástico 38 constituye una auténtica novedad:

*" 1 Honra al médico por los servicios que presta,
que también a él lo creó el Señor.
2 Del Altísimo viene la curación,
del rey se reciben las dádivas.
3 La ciencia del médico le hace caminar con la cabeza alta,
y es admirado por los poderosos.
4 El Señor ha creado medicinas en la tierra,
y el hombre prudente no las desprecia.
5 ¿Acaso no endulzó el agua con un leño,
para que se conociera su poder?
6 Él es quien da a los hombres la ciencia,
para que lo glorifiquen por sus maravillas.
7 Con las medicinas el médico cura y elimina el sufrimiento,
con ellas el farmacéutico prepara sus mezclas.
8 Y así nunca se acaban sus obras,
y de él procede la paz sobre toda la tierra.
9 Hijo, en tu enfermedad, no te desanimes,
sino ruega al Señor; que él te curará.
10 Aparta tus faltas, corrige tus acciones,
y purifica tu corazón de todo pecado.
11 Ofrece incienso, un memorial de flor de harina
y ofrendas generosas según tus medios.
12 Luego recurre al médico, pues el Señor también lo ha creado;
que no se aparte de tu lado, pues lo necesitas,
13 hay momentos en que la solución está en sus manos.
14 También ellos rezan al Señor,
para que les conceda poder aliviar el dolor,
curar la enfermedad y salvar tu vida."*

Una segunda consideración es que al presentar las respuestas bíblicas deberemos tener en cuenta los principios de la "revelación progresiva" de Dios y de la "pedagogía divina", consagrados

en el Concilio Vaticano II ³. En conjunto, ellos significan que Dios va revelando progresivamente su forma de ser, sus promesas y exigencias, de acuerdo con la capacidad de comprensión que tiene el hombre en un momento dado. La revelación es por etapas y algunas de ellas están superadas por otras más recientes y adecuadas. Por eso no basta que una determinada propuesta esté en la Biblia para que siga siendo válida para nosotros hoy.

b) La enfermedad como castigo colectivo

La concepción más antigua de la enfermedad es la que la considera como castigo a un grupo por el pecado de alguno de sus miembros. Está bien representada en el siguiente texto del Éxodo:

“... Porque yo, Yahveh, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera generación y cuarta generación de los que me odian, pero tengo misericordia por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos” (Ex. 20,5-6).

Debe tenerse presente que estamos ante un concepto de pecado muy primitivo: la simple violación de una norma se considera tal, aunque haya sido de buena fe o simplemente se la haya ignorado. Un caso paradigmático es el de Uzá, quien, con la mejor intención, sujetó el Arca de la Alianza porque los bueyes que la transportaban amenazaban con volcarla. Nos cuenta el Segundo Libro de Samuel que Yahveh lo castigó con la muerte por haber violado el mandamiento de no tocar el Arca (2 Sam 6,3-8).

Por eso, cuando alguien caía enfermo o sufría alguna desgracia, la explicación que estaba en boca de todos era que esa persona o sus antepasados habían pecado. Lo único que cabía hacer entonces era apurarse en “confesar” esa falta a Dios (aunque no se tuviera ni la menor idea de cuál había sido) y ofrecerle un sacrificio por la sanación (ver Salmo 38).

c) La enfermedad como castigo individual

Más tardíamente, a partir de la experiencia del exilio babilónico, comienza a hacerse presente una consciencia religiosa más espiritual e individual. Así Ezequiel se pregunta:

*“¿Por qué andan ustedes repitiendo este proverbio en la tierra de Israel?:
‘Los padres comieron uvas ácidas,
y los hijos andan con los dientes destemplados’.
Por mi vida, oraculo de Yahveh, que no repetirán ustedes más este proverbio en Israel (...) El que
peque es quien morirá”* (Ezq. 18,1-4).

d) El cuestionamiento a la justicia divina

La respuesta anterior parece estar a la altura de la justicia divina. Sin embargo, es posible constatar que a menudo los justos se enferman y los pecadores viven sanos:

*"No hay congojas para ellos,
sano y rollizo está su cuerpo;
no comparten las penas de los hombres,
no pasan tribulaciones como los otros.
Por eso el orgullo es su collar;
la violencia el vestido que los cubre;*

³ Constitución sobre la divina Revelación, “Dei Verbum”, n° 15.

*su gordura rebosa malicia,
de artimañas desborda su corazón.
(...) Por eso mi pueblo va tras ellos:
sorben con ansia sus palabras.
Dicen: '¿Va a saberlo Dios?
¿Lo va a saber el Altísimo?'. "
(Salmo 73,4-7.10-11).*

Es más, muy a menudo se verifican en los malvados los grandes signos de la bendición divina: descendencia numerosa, prosperidad económica, larga vida y una muerte tranquila:

*"Por qué siguen vivos los malvados,
que envejecen y aumenta su poder?
Viven seguros con sus hijos,
ven como crecen sus retoños:
un hogar en paz, sin miedo,
sin probar el castigo de Dios.
Su toro fecunda sin fallar,
su vaca pare sin abortar.
(...) Cantan con cítaras y panderos,
se divierten al son de la flauta.
Pasan su vida dichosos,
bajan en paz al Sheol ⁴."
(Job 21,7-13).*

El profeta Jeremías se pregunta:

*“¿Por qué prosperan los malvados,
y viven tranquilos los traidores?”
(Jer 12,1)*

Es la pregunta que recorre por entero al libro de Job. Este libro consiste en una especie de “juicio”, en el cual el “acusado” es Dios, el “fiscal” Job, y los “amigos” de éste, los “abogados defensores”. A partir de una antigua leyenda, el autor del libro nos presenta a este antiguo patriarca, un hombre que es como el modelo de la bendición divina, o sea, rico y lleno de descendientes. Sin que haya habido una sola falta, Dios le quita sus hijos, sus pertenencias y su salud. En medio de su enfermedad lo que Job pide a lo largo de todo el libro es encontrarse con Dios para discutir con Él respecto de su justicia. Tres amigos que han venido a verlo asumen la defensa de Yahveh. Bildad le recuerda al sufriente la explicación de Ezequiel: si él está enfermo es porque ha pecado; debe entonces confesar su falta y pedir perdón. El patriarca rechaza una solución que considera una mentira y por eso insiste en su inocencia.

Al comienzo del libro aparece una nueva explicación de la enfermedad y del dolor: Dios “pone a prueba” a los justos para que su fe crezca en firmeza y desinterés (ver Jb 1).

⁴ El "Sheol" es la morada de los muertos. Una especie de caverna subterránea adonde van a parar las almas de los muertos (buenos y malos) y en que viven una "semi-vida" en una especie de "somnolencia". No existe aún la fe en una inmortalidad del alma o en la resurrección de los muertos. Por eso, la recompensa del "justo" es una larga vida y una descendencia que le permita "perpetuarse" de algún modo en los hijos.

e) La enfermedad como prueba de Dios

Esta nueva explicación es muy frecuente entre nosotros. Es la idea de que Dios envía un mal a alguien para “ponerlo a prueba” con el fin de hacer crecer o madurar su fe. Frases como la de que Dios “nos manda” la enfermedad de un niño o “se lleva” a un ser querido reflejan esta visión de las cosas.

Esta concepción, aparentemente tan sólida, naufraga ante la realidad de algunos sufrimientos. El mismo libro de Job se pregunta por el sentido de esta “puesta a prueba” para el que no ha conocido otra cosa que sufrimientos (Job 3,11-26). Una prueba tiene sentido si es que puede conducir a un crecimiento y maduración de la fe. ¿Qué sucede cuando esa maduración o crecimiento es completamente imposible porque la “prueba” destruye a la persona?

Este hermoso libro termina con la defensa que hace Dios de sí mismo. Reconoce implícitamente la inocencia de Job pero en una cosa no le da la razón: para afirmar su inocencia, Job no tiene por qué condenar a Dios:

“¿Quieres acaso violar mi derecho, condenarme para quedar absuelto?” (40,8).

Se insinúa aquí que el mal puede no tener a Yahveh como causa, sino que Él, por algún motivo, por ahora desconocido, lo permite. El autor, sin embargo, se apura en recordarnos que Dios sigue controlándolo todo, en dos grandes discursos divinos: 39 - 41. Contrariamente a lo que se esperaría, Dios da la razón a Job frente a las explicaciones dadas por sus “amigos”. Yahveh termina siendo mucho más duro con sus “abogados defensores” que con el propio Job:

*“Dijo Yahveh a Elifaz de Temán:
‘Estoy enfadado contigo y con tus dos amigos, pues no han ustedes hablado bien de mí, como mi siervo Job. Tomen ahora tres terneras y siete carneros, acudan a mi siervo Job y ofrézcanlos por ustedes en holocausto. Mi siervo Job intercederá por ustedes. Sólo en consideración a él no les inflingiré castigo alguno por no haber hablado bien de mí, como ha hecho mi siervo Job’” (41,7-8).*

El patriarca ha logrado parcialmente lo que buscaba: encontrarse con Dios cara a cara y plantearle la pregunta por su justicia. Se ha encontrado personalmente con el misterio de Yahveh, que supera cualquier afirmación dogmática sobre su ser y su actuar. Sin embargo, es justo reconocer que no se ha respondido a la pregunta fundamental planteada por la desgracia del inocente. El final en prosa del libro (Jb 42,7-17), que es un añadido tardío, se contenta con repetir el principio de retribución individual, que hemos explicado en el punto anterior.

Será necesario esperar hasta el siglo II a.C. para encontrar una primera respuesta en el libro de la Sabiduría, el último del AT ⁵. Este libro va a plantear una retribución en la “otra vida”, esto es, después de la resurrección de los muertos. La enfermedad y la desgracia en general no son lo definitivo, sino la vida eterna junto a Dios. Esta respuesta, sin embargo, lleva a otra pregunta: este glorioso final “justifica” el dolor extremo o el dolor de los niños. ¿No es este último un precio demasiado alto para ingresar en la armonía final? Me viene a la memoria el siguiente párrafo de “Los hermanos Karamazov” de Dostoiewski:

“Oh Aliocha, no blasfemo. Me explico perfectamente el temblor que agitará el universo cuando todo lo existente en el cielo y en la tierra se una en un cántico de alabanza, y todo viviente o que

⁵ Libro “deútero-canónico” y por tanto no aceptado como parte de la Biblia por el Judaísmo y por los protestantes.

haya vivido grite: Tu sabiduría es justa, Señor, porque nos has revelado tus caminos. Cuando la madre abraza a aquel demonio que dio a su hijo a los perros y los tres exclamen a una: tu sabiduría es justa, Señor. Entonces ciertamente habremos alcanzado la corona de la ciencia y todo aparecerá claro en nuestra mente.

Mas lo que me subleva es que no puedo aceptar esta armonía (...) Y si el dolor de los niños ha de integrar la suma de dolores necesarios para adquirir la verdad, declaro que esta verdad es una estafa. No quiero la armonía y no la quiero por amor a la humanidad. Prefiero mantener mis sufrimientos sin venganza, mi indignación sin desahogo, aunque esté equivocado. Además de que se nos pide un precio tan elevado por la armonía, que está fuera de nuestros recursos el entrar en ella. Por eso me apresuro a devolver mi billete (de entrada al cielo), y si soy honrado, debo correr a devolverlo cuanto antes. Eso es lo que hago. No es que rechace a Dios, Aliocha; sólo le devuelvo respetuosamente su billete”⁶

2.- La enfermedad y Jesús

En el judaísmo tardío, en la corriente apocalíptica, la enfermedad es atribuida a espíritus demoníacos que actúan en contra del hombre y cuya acción Dios permite, aunque por un tiempo. Así 1 Hen 6 y ss. La visión de Jesús va en esta línea, como puede constatarse en el siguiente texto:

"Estaba expulsando un demonio que era mudo. Apenas salió el demonio, rompió a hablar el mudo y la gente se admiró. Pero algunos de ellos dijeron: 'Por Beelzebul, príncipe de los demonios, expulsa los demonios.' Otros, para ponerle a prueba, le pedían un signo del cielo. Pero él, conociendo sus intenciones, les dijo: 'Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado y una casa se desploma sobre la otra. Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?... porque ustedes dicen que yo expulso los demonios por Beelzebul. Si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan los hijos de ustedes? Por eso, ellos serán sus jueces. Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios.'" (Lc 11,14-20).

Vemos aquí a Satanás, al Demonio, como el jefe de un ejército de malos espíritus (o demonios con minúscula) que son los que provocan las enfermedades y toda clase de males. En la apocalíptica estos demonios actuaban a veces por orden de Dios para castigar una falta o simplemente Dios permitía la acción demoníaca por esa causa. Jesús no piensa así. Para Él la enfermedad nunca es obra de Dios.

En el texto citado explica el sentido de sus curaciones: Dios ha comenzado a reinar; no de un modo pleno, sino parcial e incompleto pero muy real. Su acción es un anticipo del reinado de Dios pleno, definitivo, que Israel esperaba como algo muy próximo. Jesús está haciendo retroceder la soberanía que Belzebú tiene en medio del mundo. Se está anticipando una derrota que pronto será completa.

¿Qué posición tiene Jesús ante las explicaciones sobre la enfermedad dadas más arriba? Jesús nunca atribuye la enfermedad a una acción divina ya sea como castigo del pecado o como puesta a prueba⁷. En Jesús Dios nunca envía la enfermedad o el mal para castigar a alguien o ponerlo a prueba. Puede probarse esta afirmación mediante dos "datos duros":

⁶ Citado por Bentué, A., "La opción creyente", Eds. Facultad de Teología, Santiago de Chile, 1984, pp. 342-343.

⁷ El único texto que parece contradecir esta afirmación es Mc 2,5. Pero debe tenerse en cuenta que a) la vinculación entre pecado y enfermedad aquí es bien vaga, y b) que el diálogo puesto en boca de Jesús es casi seguro que fue una creación posterior.

- En los evangelios no hay un sólo milagro de Jesús que signifique un daño a un ser humano, y que

- cuando Jesús usa el lenguaje del premio o del castigo siempre lo hace en singular (como puede comprobarse fácilmente con una concordancia bíblica); esto quiere decir que, para Él, la recompensa la constituye la entrada al Reino de Dios y el único castigo, el quedarse fuera de él, que en realidad es un autocastigo. Jesús deja atrás las viejas concepciones de castigo y puesta a prueba del Antiguo Testamento, que están tan arraigadas en su cultura que por eso aún perviven en algunos textos del Nuevo (por ejemplo, Heb 12,4-13 y el legendario milagro de castigo de Ananías y Safira en Hch 5,1-11).⁸ Jesús "le queda grande" al Nuevo Testamento, que tiende a repetir las viejas concepciones.

Debe tenerse particularmente presente que Jesús en su actuación representa a Dios mismo. Toda su persona y su obrar son revelación del modo de ser de Dios, como afirma Jn 1,18:

*"A Dios nadie lo ha visto nunca;
el Hijo Unigénito,
que está en el seno del Padre
lo ha dado a conocer"*

En síntesis, la enfermedad nunca es voluntad de Dios. Otra cosa es que cuando ella es inevitable deba ser asumida como fuente de crecimiento personal y de donación a Dios y a los otros. La Pascua de Jesús es modelo de esto. Dios puede transformar las peores cosas en fuente de vida, pero eso no implica justificar de algún modo la enfermedad o la desgracia. La posición de Dostoiewski citada es muy cercana a la de Jesús.

El tema de la no justificación de la enfermedad y del mal nos lleva a la reflexión siguiente sobre el origen del mal. Si el mal no proviene de Dios, ¿de donde viene? Si Dios es bueno y todopoderoso, ¿por qué permite el mal?

3.- ¿Por qué Dios permite el mal? Reflexiones sobre el origen del mal (y por tanto de la enfermedad)

Es muy distinto reflexionar sobre el origen del mal con una concepción "fixista" del mundo que con una evolutiva. Las líneas que siguen pretenden explicar esa diferencia.

En **la concepción bíblica**, que es por supuesto fixista, Dios creó el mundo bueno (el "vió Dios que todo era bueno" de Gn 1,25 y 31). Hay que reparar que aquí "bueno" significa terminado y perfecto. No existe otra alternativa: si el universo es estático, Dios debe haber creado todo tal como ahora está. (Los elefantes salieron de la mano de Dios tal como existen hoy día). Incluso si no se toma literalmente Gn 1, hay que afirmar que Dios creó "de la nada" el mundo tal como lo conocemos. La Edad Media creía en un mundo ordenado, regido por leyes divinas deterministas, en que todo estaba predeterminado, a excepción de la capacidad de decisión humana⁹. La ciencia moderna aceptó esta visión de las cosas casi sin modificarla. Las leyes naturales dejaron de ser divinas pero se siguieron comprendiendo del mismo modo. Esa fue la concepción que tuvo Occidente hasta el siglo XIX.

⁸ ARMSTRONG, "Dios y el sentido del terremoto", Rev. Mensaje, n° 588, Mayo 2010, p.40.

⁹ Dos cosas incompatibles. En el reino del determinismo no puede florecer la libertad. Por eso, la disputa entre los partidarios de la "gracia divina" (entendida como una acción divina en el hombre en la línea del más puro determinismo) y los de la libertad nunca pudieron ponerse de acuerdo. La discusión desembocó en un callejón sin salida porque el planteamiento de base era errado.

Por eso, la afirmación de la bondad del mundo así entendida lleva a la pregunta siguiente: si Dios creó el mundo bueno (y "bueno" significa "perfecto" y "terminado"), ¿por que existen las guerras, la enfermedad y la muerte? No hay otra alternativa que postular una "caída". Dios hizo las cosas bien, pero la humanidad las echó a perder. Es la explicación de Gn 3. Todo lo malo que hay en el mundo es consecuencia de este "pecado original", y eso incluye la enfermedad y la muerte.

Con gran perspicacia, la apocalíptica postuló una "caída de los ángeles"¹⁰. El postulado es genial porque permite explicar males que son anteriores al hombre o que muy poca relación tienen con él: el sufrimiento de los animales, los cataclismos, pestes, etc. Detrás de todos estos males está la acción demoníaca. Era la explicación de la época de Jesús.

Pero, **¿que sucede si pasamos de una cosmovisión fixista a una evolutiva?** Sucede que hay que revisar tanto el concepto de la bondad del mundo como el del origen del mal. Fue mérito del gran Theillard de Chardin haber reparado en esto. Su pensamiento es recogido con más claridad y actualización por su discípulo directo Karl Schmitz-Moormann¹¹. Lo sigue se basa en su pensamiento.

Los descubrimientos impresionantes de la astronomía, física y biología actual apuntan a que nuestro universo ha surgido de manera muy gradual. Todo apunta a descartar una era de plenitud, un paraíso, que después se perdió. Si miramos el universo desde su punto más elevado, el hombre, es posible detectar una evolución ascendente hacia una consciencia personal. La evolución tiene una dirección que va de lo más simple a lo más complejo. Las unidades más complejas que van surgiendo constituyen un todo que es muy superior cualitativamente a cada una de sus partes: una célula es una unidad capaz de realizar procesos que superan a los de sus componentes básicos, que a la vez permanecen como tal, no se suprimen. Este modo de proceder de la evolución va dando lugar a seres cada vez más autónomos y con una capacidad de unión e integración crecientes. Los mamíferos, por ejemplo, no son para nada seres "mecánicos" como se creyó hasta hace muy poco. Pueden aprender muchísimas cosas, incluso son seres capaces de convivir en una "comunidad" con ciertas reglas y moralidad. Con el hombre pasamos a otra etapa: estamos ante un ser que tiene una aguda consciencia de sí, que es capaz de alterar sustancialmente su entorno y de forjarse posibilidades nuevas de vida de una manera inimaginable. El hombre es de una capacidad de autonomía y de unión en el amor, impensable en otras especies.

Desde un punto de vista teológico, es decir de una racionalidad que presupone la fe en Dios, podemos postular que el universo a través del hombre está llamado al encuentro con Dios, ser eminentemente personal. Dios es amor y comunión (Trinidad dice la teología). Y todos sabemos que el amor presupone la libertad. Esa libertad se da en Dios en una medida suprema; y el hombre la necesita para poder encontrarse con Dios de un modo "amoroso". Sin libertad no hay amor. El amor no se puede comprar ni imponer, como bien sabemos.

Si miramos desde este punto de vista a la creación, vemos que Dios crea evolutivamente. Dios impulsa la evolución; pero lo hace de un modo en que no fuerza a las creaturas. Dios "llama" a cada ser creado a su encuentro desde su interior, y para ir a dicho encuentro unos seres deben unirse con otros. Dado que Dios llama así a los entes, sin forzarlos, muchas cosas salen mal. Los seres vivos pluricelulares se mueren por el desgaste de sus células que se han especializado, si es que no los matan otros seres vivos. La muerte no es fruto del pecado original, tiene una explicación biológica que los teólogos debemos respetar. Otro tanto sucede con la enfermedad. Desde millones de años atrás los animales han conocido la enfermedad, la crueldad y la muerte (casi siempre muy

¹⁰ La explicación es del apócrifo de 1 Henoc; sin embargo está citado (y asumido) por dos textos del Nuevo Testamento: 1 Pedro y Judas

¹¹ SCHMITZ-MOORMANN, K., "Teología de la creación de un mundo en evolución" (Verbo Divino, Estella, 2005, original de 1997).

dolorosa). Mucho antes de que existiera el ser humano. La evolución, decía Theilhard de Chardin, no es una marcha triunfal sino un verdadero viacrucis. Al dolor, a la crueldad y a la muerte se va a sumar el pecado humano, que es el daño a otros asumido con una consciencia y libertad impensables antes.

¿Por qué Dios no ha hecho que la evolución fuera una "marcha triunfal", "armónica" hacia la meta? ¿Por qué no ha tomado el camino más corto, ahorrándonos tantos problemas? Ciertamente, la evolución no ha elegido el mejor camino: ha habido muchísima pérdida, extinción de especies, dolor y muerte en ella. ¿Por qué Dios no eligió un camino sin dolor, sin muerte y sin la extinción de tantas especies vivas?

La respuesta es que ese camino hubiera hecho imposible la libertad. La dirección que lleva la evolución nos ha mostrado que en ella la libertad (con todas sus limitaciones) ha sido posible.

Esta última afirmación nos lleva a revisar el concepto de bondad de la creación. En palabras de Schmitz-Moormann: **"El mundo es bueno no porque fuera creado perfecto en el principio, sino porque fue creado con capacidad para dar lugar a la libertad, para dar lugar a personas libres capaces de amar a Dios y al prójimo.** El precio a pagar por la habilidad de amar a Dios desde la libertad (la única forma en que el amor es posible) es la enorme cantidad de sufrimiento que encontramos en la creación. Puede que siempre resulte difícil entender que un Dios que ama pueda permitir todo este sufrimiento, todo este mal. Esta dificultad no es tanto un signo de la compasión humana como de que los seres humanos infravaloramos cuanto valora Dios a los seres humanos y a su libertad para amar. Sin ella, los seres humanos no serían capaces de encontrarse con Dios, de encontrar la verdadera felicidad en amar a Dios y ser amados por Él. Puede que siempre quede más allá de nuestra comprensión el hecho de que Dios aceptara un precio semejante por el intercambio de amor con los seres humanos. Pero para el cristiano este misterio (...) tiene su equivalente en el hecho de que **Dios no se eximió a sí mismo de este sufrimiento**, de esta imperfección de la creación. **Haciéndose hombre en la Encarnación**, y a través de la vida, **la pasión y la muerte en la cruz**, Dios pagó el más alto precio para que los seres humanos fueran libres para amar." ¹²

¹² SCHMITZ-MOORMANN, K., op. cit., p. 204.